



## Homilía en la Eucaristía del encuentro sacerdotal de la XI Semana de Pastoral

Eucaristía del lunes de la Semana 24.

Lecturas: 1 Cor 11,17-26.33. Salmo 39. Lc 7, 1-10.

Queridos hermanos:

Las lecturas de la misa de este lunes nos ayudan de forma providencial a situarnos en el marco espiritual y pastoral de las Jornadas que iniciamos con este encuentro presbiteral. Nos remiten a la permanente renovación en la fe y al cuidado de la celebración de la Eucaristía, centro de nuestro ministerio y del Día del Señor. Este es uno de los temas de nuestras Jornadas, que planteamos en el proceso de aplicación de las propuestas de la Asamblea diocesana.

La fe del centurión nos ha sido propuesta por el Señor como modelo, porque *“ni en Israel he encontrado tanta fe”*. *“Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra y mi criado quedará sano”*. Estas palabras las tenemos muy interiorizadas y las proclamamos en cada Eucaristía ante el Cuerpo sacramental del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo: *“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”*.

Cada uno sabemos con cuánta humildad, amor y confianza las pronunciamos. Son una confesión de fe y, a la vez, una súplica de que el Señor aumente nuestra fe en su presencia eucarística y nos sane con su palabra de perdón para recibirlo en nuestra morada. Son una manifestación personal y comunitaria de la **“fe suplicada”**, a la que llama la Asamblea diocesana en el pórtico de las propuestas para la renovación espiritual:

*“Es un momento para pedir como mendigos el don de la fe para el hombre de hoy. Estamos situados en una **“fe suplicada”** al Señor, como don, y ofrecida a un hombre nuevo, a generaciones nuevas, distintas a las que la mayoría de nuestros sacerdotes y agentes de pastoral han evangelizado en décadas pasadas.*



Una fe, nueva para tantas personas, que debe surgir por un asombro ante el amor de Dios”.

La renovación de la fe es el fundamento necesario para “poner más fuego en el hogar” y enraizarnos “**en el Misterio pascual de Jesús**, dejándonos renovar por la celebración litúrgica `como obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia` (SC 7). La fuente misionera y pastoral, que es el Misterio de Cristo... celebrado a lo largo del año litúrgico (Cf. SC 102-111) nos lleva a la renovación que se inicia desde el Amor del Padre, en un encuentro con Jesús y alentados por el Espíritu Santo”.

La comunidad primera de Corinto tuvo que ser fraternalmente corregida por el apóstol Pablo porque no había interiorizado y convertido en forma de “existencia eucarística” el misterio de la fe que se encierra en la Cena del Señor. Algunos miembros de la comunidad no habían aprendido a discernir el Cuerpo del Señor y lo mezclaban de forma confusa con la comida ordinaria, a veces hasta extremos de escándalo público y de humillación de los más pobres, fragmentando así la unidad de la comunidad y desvirtuando la caridad fraterna que edifica y alimenta la Eucaristía.

En tal situación, el Apóstol proclama de nuevo para todos el Evangelio originario de la Eucaristía, la fe eucarística que procede del Señor como tradición viva, y que él mismo ya les había transmitido desde el principio: *“que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía. Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.”*

La experiencia de los hermanos de Corinto, debidamente iluminada por el Apóstol, nos enseña a vivir con autenticidad el misterio eucarístico y hacer realidad la exhortación de la Asamblea diocesana a **amarnos “como hermanos, en comunidades vivas, comunidades de referencia**, inspiradas en los primeros hermanos (Cf. Hch 2,42-47; 4,32-35), en comunión... eucarística, para formar en la unidad “*un solo Cuerpo*” (1Cor 12,13) y para ser así “*sal y luz en medio del mundo*” (Cf. Mt 5,13-14)”. La invitación a la comunión en nuestra diócesis se ha reflejado también en el ideal de “*amar la espiritualidad de los demás como la propia*”.



En este contexto espiritual y apostólico, sugerido por la Palabra de Dios, es oportuna la referencia a la llamada de la Asamblea diocesana a cuidar la celebración de la Eucaristía y el significado del día del Señor.

El domingo ha de seguir siendo fuente de la espiritualidad que brota de la fe en el Señor resucitado. “Somos el Pueblo del domingo y vivimos ahora el reto entre la vivencia del Día del Señor y la propuesta social del ‘fin de semana’, condicionados por obligaciones laborales y ofertas comerciales y de ocio, que desfiguran el significado del domingo. Por otra parte, en muchas parroquias de nuestra Diócesis es ya difícil la celebración eucarística por falta de sacerdotes, pero también por falta de fieles.”

En estas circunstancias, es de vital importancia recuperar la significación espiritual del domingo como “Día del Señor” (Ap 1,10), pascua semanal para el encuentro con Jesucristo Resucitado; día de la Palabra y de la Eucaristía; día de la fe y de la catequesis; día de la comunidad, de la caridad y de la justicia; día de la misión; y día del descanso.

En estos apartados han sido incluidas propuestas más concretas, cuya realización corresponde en gran medida a las parroquias y han de ser objeto de la solicitud pastoral de los párrocos. Citamos ésta a modo de ejemplo: “Animar a una mayor participación en la Eucaristía, explicando su sentido, subrayando su vinculación con la vida cotidiana, visibilizando mejor la dimensión comunitaria, cuidando los tiempos, los silencios, el sentido profundo de los gestos litúrgicos, la belleza de la celebración, para que cada Eucaristía sea un verdadero encuentro con el Señor y con los hermanos.”

Las presentes Jornadas de Pastoral y la presentación de un **programa diocesano para vivir el domingo** pretenden ofreceros una ayuda en vuestra misión eucarística como pastores propios de cada comunidad parroquial.

Los frutos de la renovación eucarística de nuestras comunidades serán decisivos en orden a la **salida misionera** al encuentro del hombre de hoy, como también nos ha indicado la Asamblea diocesana: Recuperar la alegría apostólica y misionera, y aprender a realizar el primer anuncio y el acompañamiento espiritual. Todo ello, con la actitud de una Iglesia madre, con entrañas de misericordia, volcada en el servicio de los pobres y la promoción de la justicia en todos los escenarios donde se juega la salvación de los hombres.

En esta misión evangelizadora nos corresponde a los presbíteros un papel especialmente relevante y no fácil de llevar a cabo. Son tantas las dificultades y



las limitaciones, que podemos sentirnos desbordados y sufrir el desaliento. Somos, pues, los primeros que necesitamos reavivar de forma permanente nuestra vocación y misión en el encuentro gozoso con el Señor Resucitado en la **Eucaristía**. Esta es la realización sacramental permanente más real y personal, y más configuradora de nuestra participación en el sacerdocio de Jesucristo. En ella hemos de renovar cada día nuestra alegría en el ejercicio del ministerio.

De nuestro encuentro pascual con el Resucitado en la Eucaristía surgirán de forma constante: la apertura y capacidad creciente para la comunión, corresponsabilidad y tareas compartidas en el ejercicio del ministerio, que nos sacan de la soledad personal y pastoral; la disposición gozosa para el estudio y la formación permanente, que enriquecen el ejercicio ministerial; la fraternidad y caridad efectivas entre los miembros del presbiterio, que nos hacen sentir de cerca el afecto de los hermanos, la comprensión y acogida en las dificultades; en consecuencia, la exquisita actitud de evitar la crítica innecesaria y estéril a los hermanos, así como la difusión de ideas y sentimientos de desaliento pastoral; la capacidad de alegrarnos cuando compartimos en la realidad diaria los padecimientos de Cristo, que actualizamos en su nombre en el sacramento de su pascua; la alegría de hacer auténtica la fe en las obras de la cruz; la honra de ocupar los puestos menos relevantes en la estructura diocesana; la entrega generosa y desinteresada al servicio pastoral, como buenos pastores que damos la vida por las ovejas; las entrañas de misericordia, que se reflejan en la acogida de los más heridos por la propia debilidad o la dureza de las condiciones sociales, así como en la disponibilidad para el ejercicio del ministerio de la reconciliación; la cercanía afectiva y solidaria a los más pobres y víctimas de la injusticia. La enumeración podría seguir, pero lo dicho es suficiente

Bien sé, por experiencia personal y vuestra, que este ideal del ejercicio del ministerio no es posible por nuestras fuerzas, y que también es difícil con la fuerza del Espíritu, que nos acompaña en el seguimiento de las huellas del Buen Pastor y va iluminando cada día nuestras oscuridades y sanando nuestras deficiencias. Pero hemos de tener paciente y firme esperanza, contra toda posible experiencia contraria, en el progreso en nuestra santidad en el ejercicio del ministerio, que tiene su fuente y su cima en la Eucaristía. Ella es el mayor milagro permanente del Espíritu del Resucitado, que hace nuevas todas las cosas.

Salamanca, 17 de Septiembre de 2018